

De todo en todo pensó Manolo huir del hogar paterno lejos, muy lejos, á vagabundear sus doce años raquíticos y desmarridos, que más provocaban asco que lástima; anduvo de acá para allá, hoy durmiendo en un corredor, mañana comiendo con un lazarillo en los escamochos de una pobre vieja que vivía de la pura limosna, y siempre husmeando, como perro sin dueño, donde el olor de la comida le sacaba los ojos de las órbitas y le atenaceaba el estómago en contracciones atroces.

Cuando no le daban por gana, él apandaba por maña, á riesgo de recibir un trancazo, ó á trueque de ser corrido del barrio como perro con trabanco.

Una de tantas veces pasó por la casa de Don Toño, dulcero del terruño que hacía confites, caramelos, bolitas de goma y otras golosinas tan del gusto de los rapaces. Hizo amistad en la casa con cualquier propósito; comenzó por ayudar á mover las bolitas en el ancho cajón; siguió por traer agua del vecino río; y así, con un poco de diligencia y una miajita de eficacia, se ganó la voluntad y la conmiseración de Don Toño.

Para dormir tuvo cuatro tablas, que fueron pesebre allá cuando el dulcero tenía caballo para irse de feria en feria por esos andurriales; la cama le pareció regia, el seco zacate que contenía, resultó colchón de suaves plumas comparado con la dureza del suelo de los corredores y las estrecheces de los colgadizos donde Manolo tumbaba su humanidad canija, para entregarse al sueño en sus días de vida asendereada é inquieta.

Comía á dos carrillos del cocido de todos los días; á hurtadillas le daba mordiscos, cuando al trigueño piloncillo, cuando á los duros terrones de azúcar, y por igual manera se hacía de los residuos de las melazas y de los recortes de los caramelos.

Manolo prosperaba que era una bendición de Dios; la cara ya no la traía terrorosa, ni las manos mugrientas; el agua y el jabón habían hecho el milagro por gracia de los mandatos del dulcero, que quería limpieza en la manipulación de sus confituras, acreditadas en el terruño y en no pocas leguas á la redonda.

Después de algunas lecciones, Manolo salió á la calle con la tabla de dulces para portearlos y vocearlos en todas las casas del vecindario; el primer día hubo de llevar compañero para que le indicara la ruta y le adiestrara en la manera de ofrecer y vender la mercancía.

No fué preciso de mucho tiempo para que Manolo quedara hábil en el oficio; aprendió á no dejar que los dulces fueran manoseados, á dar la vuelta, no sin confusiones, y á conocer la moneda contrahecha, amén de ciertas artimañas, muy del uso de estos voceadores, como ponerse á gimotear cuando falta dinero en el recuento de la venta diaria, antes de ir á hacer la entrega del producto, con el fin de que alguna persona caritativa se compadezca del percance y suelte la plata y con ella cubra la falta; dejarse caer el cajón en medio de una rueda de muchachos, para entregar por junto lo que no fué posible vender con todo y el grito estentóreo y la continuada cantinela de: "¡Coompran duuulces!"

Bien es verdad que muchas veces no aprovechaban estas artimañas, ni prosperaban semejantes amaños, pero Manolo recurría á otras argucias de su propia inventiva, y siempre salía airoso de las pruebas.

Lo que desesperaba al muchacho era no saber dar la vuelta cuando le pagaban en moneda fuerte; al principio oponía el recurso de no traer menudo; pero como muchas veces le dejaban de comprar por tal pretexto, Manolo tuvo que hacer cuentas con los dedos y aceptar las monedas y dar la vuelta como saliere; de ésto vino que siempre le faltaba dinero en la entrega á Don Toño, y que el amo creyera que eran bribonadas del granujilla lo que en verdad era ignorancia de Manolo.

Las ásperas reprimendas, y uno que otro tirón de orejas de Don Toño, dieron al traste con la vida regalona de que ya se ufanaba el huérfano, y, con todo dolor de su corazón, dejó á su primer amo para irse por allí á la buena de Dios, con un caudal de mañas y de recursos para no morir de hambre.